
Educación

Alejandro Korn

Bases para una filosofía de la educación

JUAN MANTOVANI

NACIO EN SAN JUSTO (Prov. de Santa Fe) en 1898. Se graduó en la Universidad Nacional de La Plata en 1918, en cuya Facultad de Humanidades comenzó a dictar didáctica general en 1928. En la misma casa fue profesor titular de filosofía de la educación desde 1942 a 1946. Se reintegró a la cátedra en 1956. Es profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Ha dictado cursos en las Universidades de Chile, La Habana, El Salvador, Costa Rica, Panamá, Lima y Puerto Rico. Participó en diversas conferencias internacionales sobre educación. Es miembro de la Academia de Ciencias de Buenos Aires. LIBROS: Educación y plenitud humana; Bachillerato y formación juvenil; La educación y sus tres problemas; Ciencia y conciencia de la educación; Epocas y hombres de la educación argentina: Adolescencia, formación y cultura y Educación y vida.

AL recordar a Alejandro Korn en el centenario de su nacimiento, aparece, como uno de los rasgos destacados de su personalidad de hombre y de filósofo, su vocación educadora puesta en acción. Educador por la índole de su personalidad, estudioso y de fácil comunicación; su figura moral y magisterio fueron inseparables. De profundo saber, de amplia cultura y de constante virtud, fue maestro por su mensaje y por la insistencia en sostenerlo y transmitirlo. Llega a la plenitud de su personalidad cuando alcanza esa categoría mediante el trato fecundo con los jóvenes, ejercicio al que lo llevaba la naturaleza de su alma de educador, colocada sobre todo lo que es vida en formación, juventud llena de ansias. Por el estudio penetra en la historia, en las ideas, en las creaciones intelectuales de todos los tiempos. Cuando ejerce la cátedra despierta en los jóvenes la facultad de pensar, y una actitud crítica, de examen y revisión del pensamiento. Su docencia tuvo dos aspectos: el ejercicio de

la cátedra y el gobierno universitario, por una parte, y por otra, su labor en diversos centros extrauniversitarios de cultura. En lo que respecta a la enseñanza, actuó primero en el campo de la educación secundaria: mientras ejercía su profesión de médico tuvo a cargo en el Colegio Nacional de La Plata, desde 1888 hasta 1896, la cátedra de anatomía. Un interregno de diez años lo mantiene alejado de la docencia, hasta que en 1906 —diez años después de fundada la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires— es designado profesor suplente de Historia de la Filosofía, materia de la que llega a ser titular en 1909, por renuncia del doctor Keiper. Interinamente ocupó las cátedras de Ética y de Metafísica, al tiempo que, desde su origen, atendía la enseñanza de Historia de la Filosofía en la Facultad de Ciencias de la Educación de La Plata. Después de una reforma de planes de estudio, al crearse la cátedra de Gnoseología y Metafísica en nuestra Facultad, es designado profesor titular de la materia en 1923.

En el gobierno de las Universidades de Buenos Aires y de La Plata tuvo destacada actuación como consejero académico de las Facultades en las que era profesor, y como delegado al Consejo Superior de una y otra en fechas diferentes. Producido el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918 fue elegido, por primera vez con participación de los estudiantes, para el cargo de Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Desempeñaba el Vice-decanato de la Facultad de Humanidades de La Plata cuando en 1919 estalló en esa Universidad la huelga estudiantil de adhesión a la Reforma. En 1930, al jubilarse, se retiró de la docencia oficial.

Pudo haber llegado a otras altas posiciones en la dirección de la enseñanza superior, como por ejemplo a la Presidencia de la Universidad de La Plata, pero se opuso a semejantes propósitos de los núcleos reformistas, que en 1929 intentaron proclamarlo candidato al Rectorado de la Universidad de Buenos Aires y también al de la Universidad de Tucumán. Rehusó esos ofrecimientos porque su vocación verdadera lo conducía, cada vez más, a una labor de influencia educadora por medio de la palabra oral o escrita, fuera de la cátedra oficial. Siempre le preocupó la idea de la Universidad, su naturaleza y sus funciones, y escribió sobre lo que específicamente debía ser la *Universidad argentina* y la necesidad de su reforma. En 1932, la cali-

EDUCACION

ficó como un conglomerado de Facultades sin vinculación entre sí: nuestra Universidad había fracasado porque no supo imprimir a sus Escuelas integrantes y heterogéneas la unidad espiritual. “Frente a los intereses de la enseñanza técnica —dijo— debió cuidar los intereses de la cultura nacional. Pero jamás tuvo conciencia de esta misión”. Fue un precursor del pensamiento universitario que hoy rige la acción de la mayor parte de nuestras universidades nacionales en procura de la coordinación, unidad, integración y vivificación que Korn no percibió en las de su tiempo. Concebía a la Universidad como un instituto superior de capacitación profesional, de formación de investigadores y de hombres con cultura y conciencia nacional.

Filósofo de verdad, no aprovechó de sus cargos docentes para imponer su doctrina, porque no tuvo la pretensión de que fuera válida sólo su Verdad, con mayúscula, tal como lo sentó en el prólogo de sus APUNTES FILOSÓFICOS en 1934. “Plantear problemas no es resolverlos —escribió en esas páginas—. Ofrezco sólo el ejemplo de una posición rotunda y definida. Dueño es cada cual de juzgarla con su criterio, de aceptar, rechazar o discutirla. Hay otras posiciones tan legítimas y respetables como la mía”. Su lúcida conciencia de maestro nos recuerda la actitud educadora de Sócrates, según la cual no hay una enseñanza rígida sino un infinito interrogar que conduce al alumbramiento de la verdad en la propia conciencia del discípulo. En los mismos APUNTES advierte Korn que la acción pedagógica tiene por objeto ayudar al alumno a dar a luz sus capacidades, a despertar sus posibilidades. Vale la pena repetir sus palabras: “La finalidad didáctica no es imponer un dogma; se limita a estimular la capacidad crítica, incitar a la meditación, ampliar el horizonte ideal y no satisfacer sino provocar la curiosidad intelectual. La filosofía no se enseña, se aprende”. Esta actitud pedagógica converge con su idea de la filosofía, no como un saber erudito y rígido, verdadero peso muerto, sino como un anhelo, un estado de ánimo, una nueva actitud mental, una definida posición moral.

En 1918 —finalizada la primera guerra mundial y en los albores de la Reforma Universitaria— aparece su primera expresión filosófica, *INCIPIT VITA NOVA*, en la que expone una profesión de fe convertida en seguida en orientación de los jóvenes. Parte de un supuesto: el hombre es un ser libre, totalmente libre, no porque reciba la liber-

tad como un don natural sino porque debe conquistarla y porque la vida humana ha de realizarse cumpliendo una norma ética. “No se concibe una ética sin obligación —añade—, sin responsabilidad, sin sanción, y, sobre todo, sin libertad. La nueva filosofía ha de libertarnos de la pesadilla del automatismo mecánico y ha de devolvernos la dignidad de nuestra personalidad consciente, libre y dueña de su destino. No somos la gota de agua obediente a la ley del declive, sino la energía, la voluntad soberana que rige al torrente. Si queremos un mundo mejor, lo crearemos”.

Se descubre claramente en estos conceptos su posición antipositivista, como así también en otras reflexiones paralelas en las que exalta el renacimiento de la poesía lírica, de la intuición del alma humana y de la sugestión emotiva. Ese pensamiento se eleva sobre el racionalismo dogmático y el naturalismo extremo y recorre una larga trayectoria en la que cada día se vigorizan las categorías de su filosofar y la temática de su magisterio, sin academicismos: el valor, la persona humana y la libertad. Su filosofía es filosofía de la libertad en cuanto ve en el hombre el esfuerzo por lograrla en lucha contra la naturaleza en pugna con sus semejantes y en conflicto consigo mismo: siempre como una acción en busca de la autonomía personal. Descubre la valoración, eje de su filosofía, como reacción del ser humano frente a hecho, al objeto. El hombre es el ser que nunca puede mostrarse indiferente ante la realidad. La indiferencia es pasividad, y esta ausencia de acción representa un contraste con el principio fundamental de la redención humana.

El otro modo de su docencia, el magisterio ex-cátedra, siempre lo ejerció: sobre todo en las dos últimas décadas de su existencia. En ellas se ve la imagen del hombre en quien la juventud, como ímpetu y fervor, no declina con los años, sino que crece en él. Así pudo dar el ejemplo de una influencia intelectual intensa, cada vez más amplia y aguda sobre grupos juveniles y de iniciación filosófica: el Ateneo Universitario de Buenos Aires, el Colegio Novecentista, la Asociación de ex-alumnos del Colegio Nacional y el grupo de estudiante Renovación, los dos de La Plata, el Colegio Libre de Estudios Superiores y la Sociedad Kantiana de Buenos Aires, etc. Todos contaron con su apoyo; algunos con su inspiración directa o con su esfuerzo de fundador. Una revista como VALORACIONES, del grupo estudiantil Re

EDUCACION

novación, cuya dirección tuvo Korn a partir del sexto número, fue de las de mayor jerarquía intelectual editadas en el país. En sus páginas están los ensayos más valiosos de la producción doctrinal de Korn, como también sus artículos polémicos que tendían a rectificar o renovar la vida cultural en sus orientaciones, sistemas, programas, autoridades, libros y escritores. En la cátedra, la tribuna o las revistas de las instituciones mencionadas difundió Korn aspectos de la filosofía contemporánea o de su propio pensamiento que contribuyeron a renovar la atmósfera de la filosofía dominante, que era el positivismo. En la última etapa de su vida, antes de 1936, año de su muerte, dictó conferencias o cursos breves sobre temas filosóficos. Uno de sus biógrafos, y discípulo de los más cercanos, el profesor Luis Aznar, dice: "No desoyó nunca el llamado de las modestas instituciones culturales, y era frecuente verlo disertar en humildes salones suburbanos, ante reducidos auditorios de neófitos. No obstante, la Escuela de Estudios Sociales "Juan B. Justo" y el Colegio Libre de Estudios Superiores, fueron las instituciones a las que dedicó sus postreras energías". En el educador Alejandro Korn no faltó ninguno de los rasgos esenciales de tan alto destino: sabiduría y conducta, fervor docente, comunicación cordial, simpatía y amistad para los jóvenes, incitación alentadora y crítica tan constructiva como severa, buen humor en dosis no exentas de ironía, casi siempre como advertencia o alerta. Korn nos dejó la imagen del educador, sobre todo la del filósofo que, cuando es auténtico, como él lo fue, es siempre un educador. Fue filósofo de aquella calidad definida por Abagnano: "Es un hombre libre que les habla a los otros hombres libres, que busca despertarlos y llamarlos a su misma libertad".

II. KORN Y SUS IDEAS PEDAGÓGICAS

Las condiciones de educador que hemos enumerado no permiten ver en Alejandro Korn un mero expositor. Pero atribuyó al saber una función educadora en el ejercicio de su búsqueda y análisis, y creyó con optimismo en el poder de la relación pedagógica que se establece entre educando y educador. Casi toda su vida fue una constante experiencia de esa relación, que también lo condujo a reflexionar sobre las ideas educativas, expuestas concreta o explícitamente en sus pensamientos filosóficos. Aunque no todas las ideas pedagógicas

de Korn pueden ser compartidas conviene recordar las fundamentales y exponer el sistema de conceptos y principios que en este orden profesó. Fluye de toda su obra escrita y práctica una filosofía de la educación en la que la pedagogía no está concebida como una ciencia sino como una técnica, un modo de acción cuya raíz y sentido se hallan en la filosofía y en la historia del pensamiento.

La filosofía de la educación de Alejandro Korn es una derivación de sus trabajos históricos sobre las influencias filosóficas en nuestra evolución nacional y de sus trabajos teóricos, particularmente de la Axiología, en la que fija los valores hacia los cuales la acción pedagógica debe encaminar sus propósitos. Tal vez bajo la influencia diltheyana su concepción filosófico-pedagógica es de raíz y sentido nacional: el medio y la época gravitan con un sistema de valores en la formación general humana.

Una teoría de la educación nunca es de origen arbitrario, sino producto, en primera instancia, de una concepción de la vida y de la situación histórico-cultural. Todo el que piensa una filosofía está pensando una idea de la educación, ya que ésta debe contribuir a despertar la realización de una idea de la vida. El filósofo francés Emile Boutroux ha dicho: "Todo sistema de filosofía lleva implícita o explícitamente una doctrina pedagógica". En el pensamiento escrito de Alejandro Korn la teoría educativa está en su mayor parte implícita y también de algún modo reflejada en numerosos contenidos estrictamente pedagógicos. Es que toda teoría de la educación nace de una teoría del hombre: esta es la filosofía básica, la que provee de la idea esencial acerca del ser humano, o sea de una antropología filosófica. Las variaciones de la educación guardan relación directa con las variaciones del concepto antropológico. No se concibe una pedagogía como teoría de la educación sin una previa filosofía de la vida o del hombre. Esta relación de la pedagogía con la filosofía es ineludible, pero la pedagogía no es filosofía: lleva en su seno latente una filosofía en la que se mueve el hombre, los valores, el principio de la persona, la aspiración a la libertad, categorías todas con las cuales trabaja la pedagogía. En tal sentido toda pedagogía verdadera se convierte en un esfuerzo orgánico y consciente por exaltar los valores humanos, asegurar su realización en el proceso formativo que es resultado de la influencia espontánea de la vida y de la obra pedagógica.

EDUCACION

Toda educación en su más hondo sentido es un humanismo, porque educar no es un mero proceso de la naturaleza, aunque le sea inseparable: es siempre una elevación, camino hacia un estado más alto, hacia un mundo de valores que debe conducir a las formas autónomas de humanidad, o sea hacia la libertad. Este es, precisamente, el sentido con que la filosofía de Korn da lugar al nacimiento de una teoría de la educación.

El historicismo ha visto a la educación como una emanación directa de la viva conciencia de una determinada unidad humana. La escuela responde siempre a una concepción dominante de la vida. Pero no podemos ver ni actuar sobre un hombre concebido en abstracto; hay que entenderlo como un ser concreto, real, con un fondo derivado de la evolución histórica y de las condiciones sociales, económicas y políticas de una época determinada. Acaso exagerando su realismo y el sentido demasiado concreto con que pretendía ver los problemas pedagógicos, Korn dijo a Saúl Alejandro Taborda —uno de los pocos cultores teóricos que en nuestro país ha pensado en profundidad esos problemas, aunque casi siempre dentro de un concepto universalista— en una epístola que llamó “antipedagógica”, dedicada al comentario de las INVESTIGACIONES PEDAGÓGICAS del ilustre pensador cordobés: “Mientras usted desenvuelve su teoría abstracta destinada a la salvación pedagógica de la humanidad, yo evoco la imagen de una miserable escuela allá en Chinchigasta. Veo a la pobre maestra encargada de desasnar al hato de mocosos; recuerdo que se le deben diez meses de sus haberes y que el cacique del lugar la ha tomado entre ojos”. Lo que ocurre es que Korn y Taborda estaban colocados en planos distintos para considerar esos problemas: Korn en la pedagogía del hecho inmediato y de las exigencias urgentes, y Taborda en la pedagogía especulativa, destinada a reflexionar sobre la trama interna de la educación, no sobre situaciones exteriores. Pero es un hecho cierto que la educación, para justificarse y ser legítima, debe apoyarse sobre un pensar teórico, de lo contrario no adelanta, se detiene y mecaniza. Tal vez por eso el filósofo norteamericano John Dewey, de tendencia pragmatista, ha considerado a la pedagogía como la aplicación de una filosofía. Goethe, tan caro a Alejandro Korn, dijo en el *Wilhelm Meister*: “La reflexión dilata, pero paraliza; la acción vivifica, pero limita”.

III. EL PENSAMIENTO EN NUESTRA HISTORIA

Es verdad que el ser se forma como parte integrante de la comunidad nacional; por ello la escuela tiene que ser, en amplia medida, resonancia de los valores de la nacionalidad, al mismo tiempo que de los valores de la cultura universal.

En tal sentido, *INFLUENCIAS FILOSÓFICAS EN LA EVOLUCIÓN NACIONAL*, de Alejandro Korn, constituye una fuente para conocer la marcha del pensamiento en el curso de nuestra historia. Refleja con algún alcance nuestro país y proporciona una base para apoyar las meditaciones en torno de la educación de nuestro pueblo, en todos sus grados y ramas. La obra surgió tras medio siglo de lecturas. Korn conocía como nadie la raíz del pensamiento argentino, su evolución histórica, la vida de nuestros prohombres, los libros, los periódicos publicados, y así pudo dar a la luz una de las producciones que más lo apasionaban entre todas las suyas, acaso porque en ella expresaba el fondo del país a través de la evolución del pensamiento y de un panorama de nuestra cultura. No se refiere a un pensamiento original argentino sino al proceso de las influencias, de las ideas universales que llegaban de Europa a nuestro medio. Su trabajo está dividido en cuatro etapas: la Escolástica, la Filosofía Moderna, el Romanticismo y el Positivismo, como expresiones del pensamiento occidental a las cuales corresponden períodos paralelos de nuestra evolución nacional.

Durante el tiempo que transcurre desde el descubrimiento de América hasta el siglo XVIII se desarrolla, en lo que era el Virreinato del Río de la Plata, una prolongada influencia de la Escolástica, que Korn estudia a través de sistemas, ideas y filósofos de Europa y América. Señala el divorcio que existe entre un sistema de interpretación del universo, que poco a poco va imponiéndose en el Viejo Mundo conforme a leyes fundadas en la observación y en la experiencia, y el que se basa en deducciones especulativas, con el apoyo del principio de autoridad, dominante en América. Esa corriente, ya superada en Europa, fingía ignorar la existencia de Copérnico, Galileo y Newton y buscaba dar solución con Aristóteles a los problemas cósmicos y físicos. Alejandro Korn estudia además los diversos modos de influencia de la cultura, particularmente de la enseñanza, culminando con el análisis de la obra de los Jesuitas y su expulsión en 1767 de los dominios españoles de América.

EDUCACION

En el segundo sector examina el movimiento que se opone al Escolasticismo dogmático: es la Filosofía Moderna, que nace en el siglo XVII en Europa y alcanza su apogeo a mediados del XVIII. Los pensadores siguen la línea de Descartes planteada en el DISCURSO DEL MÉTODO, como también la corriente empírica de Bacon, Berkeley y Hume. Algunas de las doctrinas expuestas fundamentan el liberalismo que alcanzó hasta el comienzo de nuestra época. El siglo XVIII ve crecer la Enciclopedia y florecer el pensamiento de Voltaire, Montesquieu y Rousseau, de quienes tanta influencia se reconoce en nuestros hombres de la Revolución de Mayo.

Destaca Korn el pensamiento renovador del Padre Feijóo en España, y poco después el de Jovellanos que se refleja en el de Belgrano, Vieytes y Cerviño, y el impulso progresista del reinado de Carlos III. En este momento es cuando surgen en América las grandes fundaciones educativas y la renovación de los programas de la Universidad de Córdoba, sobre todo bajo el Rectorado del Dean Funes. En ese período irrumpe la democracia como idea directora en la evolución de nuestra vida nacional. Asegura Korn, en términos generales, que "la filosofía moderna, en la forma que le dio la mentalidad francesa en el siglo XVIII, alcanza a informar el movimiento revolucionario de Mayo, cuando en los países de origen desaparecía su apogeo. La influencia que le cupo ejercer entre nosotros fue postuma", dijo.

Dedica el sector siguiente al estudio de la influencia de la nueva dirección del pensamiento que se impone sobre la del Enciclopedismo: es el Romanticismo, corriente filosófica que aspiraba a llegar a la verdad absoluta como base de un orden incommovible, en oposición al intelectualismo y al racionalismo de la época enciclopedista. Para Korn fue un estado de ánimo universal que comienza a mediados del siglo XVIII y se extingue al promediar el siglo XIX, caracterizándose por un despertar de las concepciones religiosas y dogmáticas y una reaparición de la especulación metafísica. Además del sentimiento místico, se enciende con intensidad el culto de la humanidad, de la nación, de la patria, de la casta y de la comunidad política. Las letras se inspiran en fuertes impulsos afectivos y frente a los problemas fundamentales gana terreno una sensibilidad pesimista, que en algunos casos llega al tedio de la vida. Como un rasgo de la época destaca

nuestro filósofo la tendencia a la idealización, a la utopía retrospectiva o futura, al sueño reformador, a los afanes de proyectos y de empresas que nunca abundaron tanto. El idealismo en la vida y el desinterés por el rendimiento material era lo que predominaba. En el capítulo sobre el Romanticismo la pluma de Korn adquiere notable maestría en el análisis y en el descubrimiento de rasgos y sutilezas, sus relaciones y oposiciones. En esas relaciones aparece nuestro país, la Revolución de Mayo, Echeverría y la generación del 37. El Romanticismo despierta en esa juventud el afán por el estudio de la filosofía, que es —dice— “madre de toda emancipación, de toda libertad, de todo progreso social. Es preciso, pues, conquistar una filosofía para llegar a una nacionalidad. Pero tener una filosofía es tener una razón fuerte y libre; ensanchar la razón nacional, es crear la filosofía nacional y, por lo tanto, la emancipación nacional”.¹

Pero el gran movimiento romántico aun no había llegado a su término cuando nace, por reacción, el Positivismo que niega la Metafísica y que, contra el predominio de la fe religiosa, afirma el progreso de la acción laica, la afirmación de los intereses económicos, el gran valor de la ciencia y de las síntesis científicas. El positivismo se impone sin demora desde mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas del nuestro, sobre todo en los países americanos. A la influencia de este movimiento en la Argentina, Korn dedica un profundo examen y señala la acción de tres generaciones: la de *los proscriptos*, en la que sobresale Alberdi —de gran preocupación filosófica—, para quien el romanticismo era una posición superada en el momento en que escribe las BASES. Inspirada por una actitud de liberalismo ilustrado, la posición de Alberdi se identifica para Korn con la de Sarmiento y Mitre, sus adversarios. Korn ve en Sarmiento el representante más genial del positivismo de la primera época —positivismo nativo—, derivado de la necesidad, no del traslado de una doctrina. Maneja y usa las ideas como fundamento de la acción, por un empeño de servir a la civilización y combatir a la barbarie. Tal fue el destino de su voluntad, de la concepción pragmática de su pasión civilizadora; la *generación de Caseros*, “constituída por los hombres —dice— que menos aportaron al país en ideas aunque eran los más universalistas

¹ KORN, A.: OBRAS. Vol. III. *Universidad Nacional de La Plata*, 1940.

EDUCACION

talentosos". Organizaron la enseñanza con orientación utilitaria y profesional, y aplicaron el positivismo en su sentido pragmático. Finalmente, la generación de *los hombres del 80*, que poseyeron un vivo interés intelectual y buscaron una doctrina orgánica que tuviese la virtud de crear la disciplina, que faltaba en la vida nacional. Políticos, universitarios, catedráticos, publicistas, iniciaron la reacción institucional y moral cuya primera exteriorización iba a ser el movimiento de la juventud que hizo eclosión en la Revolución del 90. En esta tercera generación distingue dos grupos, los universitarios y los normalistas, integrado el primero por graduados en las facultades de diversas universidades y que fueron ilustres figuras de la República, y el segundo, por los de la Escuela Normal de Paraná. Entre los hombres del 80 tiene que ser incluido el mismo Korn, graduado de médico en 1882. De esa generación dice: "Siguieron de cerca la fase psicológica del positivismo, siempre más interesados en las aplicaciones políticas, jurídicas, sociales o pedagógicas que en la dilucidación de los principios abstractos.

Con horror de la metafísica, sin fervor religioso, aceptaron como un dogma la subordinación de las ciencias psíquicas a las naturales, profesaron las tendencias individualistas del liberalismo inglés, proclamaron las excelencias del método experimental, alguna vez lo emplearon y en toda ocasión se distinguieron por un criterio recto y honesto. Absorbidos por la cultura europea no valoraron las fuerzas ingénitas del alma argentina y buscaron remedios exóticos para nuestros males. Mentalidades de gabinete, nunca se identificaron con el sentir de las masas; hombres de pensamiento, carecieron de empuje militante. Otros lucraron con las ideas que ellos diseminaron".² Pero el espíritu de Korn pronto superó esta posición, porque tenía a su favor el temprano dominio de la filosofía de Kant que había estudiado en sus fuentes directas del alemán. En esa época el ambiente era materialista, pero de las aspiraciones del grupo de los hombres más destacados surgió la necesidad de fundar, como un contrapeso del utilitarismo profesional de la enseñanza universitaria, lo que es hoy la Facultad de Filosofía y Letras de Bs. Aires, creada en 1896. A pesar de la resistencia del medio, la creación de esa Facultad en la Universidad de Buenos Aires es, como lo indica Korn, "la empresa más honrosa

² KORN, A.: OBRAS, Vol. III. *Universidad Nacional de La Plata*, 1940.

realizada por los hombres del 80. Pese a las tentativas de deprimir la nueva institución, mantuvieron su carácter universitario y tendieron a convertirla en una casa de altos estudios. Al fin quedó en la República Argentina todavía un sitio donde se leían los clásicos, se cultivaba la historia y la literatura y se recordaba la existencia de las disciplinas filosóficas".³

IV. LAS BASES DE LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN DE KORN

Rasgo sobresaliente en don Alejandro Korn es su interés profundo por la vida nacional. Fue un genuino pensador y patriota: pensó la realidad de nuestra historia y los problemas del futuro. Se mostró igualmente como un defensor de las humanidades en una época en que era manifiesta la hostilidad hacia esos estudios. Combatió sin descanso el positivismo y la concepción mecánico-evolucionista, convertidos en filosofía oficial sobre la que hacían gala de apoyar su prédica los estadistas y los educadores. Oponiéndose a ello, Korn se dedicó a reflexionar sobre la realidad argentina y la evolución de nuestro pensamiento, por una parte, y por otra a afirmar los fueros de la personalidad. Su original filosofía toma un sentido directamente ético y metafísico. De estos dos ángulos del pensamiento surgen, en primer lugar, sus ideas fundamentales para la configuración de una filosofía de la educación.

Junto al conocimiento de la evolución del pensamiento nacional es necesario conocer la idea que tenía Korn de la vida humana *como libertad* para abarcar una teoría de la educación implícita en sus trabajos, particularmente en su AXIOLOGÍA y en su antropología filosófica. Veía en el hombre una aspiración a la personalidad: "No esclavos, señores somos de la naturaleza", dijo con insistencia. La personalidad no es un producto de la naturaleza sino una conquista que se gesta en la vida histórica y que estamos en el deber de lograr. La educación es una de sus palancas.

Como nuestro filósofo no expuso sistemáticamente una filosofía de la educación, ni era indispensable que lo hiciese, puede desentrañársela del contenido implícito de sus libros fundamentales, particularmente de dos de ellos, el ya citado INFLUENCIAS FILOSÓFICAS EN LA

³ KORN, A.: OBRAS. Vol. III. Universidad Nacional de La Plata, 1940.

EDUCACION

EVOLUCIÓN NACIONAL Y ENSAYOS FILOSÓFICOS, volumen este último en que aparece la AXIOLÓGIA. Toda pedagogía que busca principios de validez general prescinde de fundamentos concretos, mientras que una pedagogía que sostiene principios sobre los cuales debe apoyarse una empresa de educación nacional tiene que partir, en primer término, de la realidad del país.

Las ideas filosóficas, sociales y políticas, su pasado histórico y sus ideales dominantes constituyen la base de una teoría pedagógica. Ningún ideal de formación puede asegurar el reconocimiento de todas las latitudes. Ese ideal está condicionado por la situación histórico-espiritual, por el estado cultural de la generación que tiene en sus manos la responsabilidad educativa, como dice Dilthey. El estado cultural reinante impregna con sus valores y sentido los fines y los medios de la educación, en cuanto se entiende que ésta no es mero autodesarrollo del ser individual, sino un desenvolvimiento y conexión con los caracteres y valores de su época, preferentemente los espirituales.

Korn no hizo del problema pedagógico una preocupación teórica, tal vez porque vio las soluciones de ese problema en manos del positivismo y los planteos le parecieron precarios. Mantuvo a la pedagogía dentro de los límites que le trazó esa dirección: la redujo a un "arte pragmático" de enseñar, o sea a una técnica destinada a desarrollar la plenitud humana. Korn vivió en una época en que aun predominaban ciertas influencias del positivismo, en cuya corriente la ciencia es ciencia de leyes, en parte concordante con su propia idea de la ciencia como interpretación matemática de la realidad objetiva, llegada a él, sobre todo, por su versación kantiana. En cuanto la realidad aparece como objeto y como sujeto, la ciencia explora el objeto, y la filosofía, las valoraciones del sujeto. Considera también que la justificación de la ciencia es la técnica, y la ciencia pura es ciencia que aguarda un destino práctico. Dentro de esos alcances sólo quiere ver en la Pedagogía una técnica. Pero la Pedagogía no puede quedar reducida a una simple técnica, porque lo que a ella fundamentalmente le interesa es saber *lo que se quiere formar en el hombre*. O sea, qué imagen de la vida humana se propone a la juventud. Toda técnica pedagógica que pretendiera abstenerse de una idea de ese alcance está condenada al fracaso. La técnica de sentido pedagógico no se puede identificar con la técnica mecánica, porque en la primera siempre están contenidos va-

lores, es decir, están en juego el espíritu, la libertad, la formación del ser como persona. Podría más bien definirse a la pedagogía como una idea filosófica que se quiere realizar en el hombre, y también como una tradición que necesita continuarse y superarse. Es evidente que debe apoyarse sobre fundamentos teóricos: un conocimiento del pasado histórico —para lo cual señaló Korn las influencias que gravitaron en nuestra evolución nacional, junto al concepto del ser humano como individualidad, o sea como sujeto de la educación—: “El hombre —aseguraba— es el animal que en lugar de someterse se subleva; en vez de adaptarse concibe la empresa titánica de sojuzgar el ambiente a su querer. El hombre es el animal rebelde”.⁴ Distingue al hombre del animal por la actitud axiológica que el primero posee: el hombre escoge o rechaza valores, vive en la cultura y subordina su existencia a la actitud valorativa; de lo contrario caería en el automatismo o en la animalidad. Se salva de la amenaza de la naturaleza que intenta imponerle el mecanismo del cosmos por una continua reacción ante ella. Es capaz de elevarse hasta la cultura, en cuyo seno realiza su personalidad, por el camino de la libertad. Pero el hombre no es originariamente libre, sino susceptible de liberarse: liberarse del lastre de su naturaleza, de sus pasiones, de la opresión económica, de prejuicios y de ideales. La medida de esta actitud depende de la capacidad de valorar o de reaccionar, propias de su voluntad, frente a un hecho o situación.

Las valoraciones son obra del devenir concreto, problema de decisión, aceptación o rechazo cuya solución, según Korn, corresponde a la Pedagogía: porque ahora estamos frente a un problema pragmático, no sólo filosófico. Cierra Korn su AXIOLOGÍA atribuyendo a la Pedagogía la tarea de establecer los medios para realizar valores fijados por la Filosofía. El significado de una determinada acción pedagógica depende de la filosofía elegida. Si existiera “una filosofía universal y perpetua, la misión pedagógica se simplificaría mucho”. Y aclara: “Tenemos que decidir por fuerza nuestra actitud. Quizás lo hagamos con convicción ingenua, sin medir la responsabilidad que asumimos; pero puesto que hemos de elegir una posición, escogemos la nuestra. Suponemos que ha de ser también la de nuestro pueblo. Posiblemente nos conforta la ilusión de atribuirle un valor universal”.⁵ De este modo

⁴ KORN, A.: OBRAS, Vol. I., “Axiología”. Universidad Nac. de La Plata, 1938.

⁵ KORN, A.: OBRAS, Vol. I. Universidad Nacional de La Plata, 1938.

EDUCACION

resulta Korn el filósofo que concibe la necesidad de una pedagogía argentina.

V. EL IDEAL DE UN PERSONALISMO PEDAGÓGICO.

Toda la trama del pensamiento filosófico de Alejandro Korn guarda una clara idea de la educación, contiene las bases de una filosofía educativa. Es sabido que uno de los problemas capitales de esa filosofía es el del estudio de la naturaleza de los fines y los medios formativos, entendiéndose bien que éstos son el derivado de aquéllos. Todo proceso educativo mira hacia un estado superior y posible, hacia una finalidad que constituye la llave de ese proceso, la imagen determinante de la transformación que implica el hacer educativo. Este hacer se resuelve siempre por una influencia que logra mejoras y perfeccionamientos en el ser. Por ello la educación es un proceso ascensional en cuanto eleva al hombre sobre su naturaleza originaria y le despierta formas altas de humanidad. Korn acertó a definir los límites del problema: sostuvo el ideal de un personalismo pedagógico como suprema finalidad de la educación. Dice en AXIOLOGÍA: "Eso sí, el carácter intrínseco de una determinada acción pedagógica dependerá de la filosofía elegida. Sería muy distinta si predica la sumisión a una autoridad preestablecida o si incita a cada uno a ser señor de sus actos, si trata de imponer un dogma o si trata de librarnos de él, si afirma o si niega los valores vitales, si exalta o subordina los valores espirituales, si engloba al hombre en un mecanismo universal o si le reconoce una esfera de acción espontánea, si obedece a las inspiraciones de un sectarismo crudo o si cultiva una amplia tolerancia universal.

En esa síntesis ha formulado el cuadro de las relaciones finalistas de la educación: buscamos el hombre-cosa o el hombre-persona. La elección es fácil, e indispensable no equivocarse dentro de esta era tecnológica en que nos toca vivir. Korn insistió mucho en la persona humana como estructura espiritual que se manifiesta por las valoraciones y la libertad. En tal sentido su pensamiento sigue siendo una gran ayuda para la educación y ofrece a la Pedagogía una finalidad fértil y sugestiva. La tarea de organizar los medios es inseparable de la naturaleza de los fines. Aunque nuestra edad de predominio técnico—caracterizada por Klages y otros pensadores como la de un *vacío es-*

piritual— oponga fuertes obstáculos a los fines humanistas y personalistas, éstos deben imponerse, porque la educación necesita de profunda entraña axiológica si quiere asegurar el mundo interior y el imperio de la persona sobre la individualidad automatizada. Educación que no procura que el hombre tenga memoria de sí mismo niega su sentido fundamental. El error del positivismo, para Korn, consistió en querer someter el mundo de la conciencia a las leyes de la necesidad física, principio sobre el cual no puede fundarse una teoría humanista de la educación. En cambio, el filósofo de *la libertad creadora* reconoce que en el hombre actúa el yo autónomo, una voluntad libre, capaz de levantarse sobre el automatismo para imponer el orden que nace de la dignidad. Dignidad que emerge de la libertad para escoger valores. En la personalidad humana se halla la raíz de todas las valoraciones: “Yo fijo los valores; yo también los niego. Mi voluntad es soberana si dispone de la decisión heroica”, afirma en la AXIOLOGÍA. Para Korn la libertad es el rasgo intrínseco del sujeto, y afirmarla es la expresión genuina del ser: personalidad y libertad se identifican, como también se identifican con la educación en cuanto ésta es el proceso que lleva a su más alto fin a esas dos categorías del ser.

La más grande contribución de Korn al esclarecimiento de los problemas filosófico-pedagógicos es la fijación de los valores que debe realizar y vivir el pueblo argentino, pues ahí tiene que surgir el sentido de la vida y el objetivo supremo de la educación. “Si nuestro pueblo, el pueblo argentino —dice— posee una voluntad propia, si tiene conciencia de los valores que afirma, sabrá expresarlos en sus instituciones, en su legislación, en su creación artística y en la faena cotidiana”.⁶ Sabía bien que en el siglo pasado contábamos con hombres llamados a interpretar el pensamiento nacional, y que si los tiempos nuevos exigieran nuevas bases, también encontraríamos una doctrina. Vio nuestra realidad como una unidad política emanada de la evolución histórica y dentro de fronteras inviolables. Porque pertenecemos al mundo de la cultura occidental participamos con los demás pueblos hispanoamericanos de una tradición común, parte de lo cual es nuestra tendencia a llegar a ser una nación con personalidad propia. Y a continuación se pregunta: “¿Cuál es, pues, nuestra voluntad? La respuesta no podemos importarla —dice— ni solicitarla a título de prés

⁶ KORN, A.: OBRAS. vol. I. Universidad Nacional de La Plata, 1938.

EDUCACION

tamo. Sin duda, con espíritu abierto, nos hemos de nutrir en la más alta cultura filosófica; pero el pensamiento universal, al pasar por nuestra mente, revestirá su forma específica. Se pondrá al servicio de nuestros valores. Si no fuere así, seríamos un conglomerado cualquiera, no una nación. Felizmente, desde los albores de nuestra emancipación sabemos lo que queremos y lo que no queremos. En el transcurso de un siglo, al despertar nuestra conciencia colectiva, hemos trasmutado muchos valores; los trasmutaremos aún, pero el ideal constante para el pueblo argentino es el concepto de la libertad lograda por la acción. ¿Por qué? Porque tal es nuestra soberana voluntad”.

Ese es el pensamiento de fondo de Alejandro Korn sobre el cual podría apoyarse una filosofía de la educación argentina que inspirase la acción pedagógica de nuestro pueblo. Pensadores contemporáneos afirman que solamente se puede llamar educado al hombre que ha llegado a la vida espiritual mediante la influencia unitaria de un ideal superior, que domina y forma todas sus manifestaciones y proporciona a su vida un estilo que emerge de su propio pueblo. La educación es siempre la orientación y la formación del pensamiento y la acción del *hombre de un pueblo*.